



Seix Barral Biblioteca Breve



**Adolfo Couve**

Narrativa Completa



---

# LA LECCIÓN DE PINTURA

*Para Camila*

---

1.

La ciudad de Llay-Llay se extingue poco a poco en una interminable avenida de palmeras que acompañan al viajero hasta el puente de la droguería, lugar donde comienza la carretera principal que conduce a San Felipe. Bajo el puente, ennegrecido por la sombra que proyecta su arco y por las salpicaduras constantes del agua que interceptan grandes esclusas, un sendero tortuoso desciende bordeando el estero hasta un poblado que se considera, a pesar de su lejanía, como parte de la ciudad que acabamos de dejar. Situación ésta que incide en su nombre, ya que el lugareño, al referirse a él, se limita a llamarle simplemente «barrio» de Morandé.

A medida que dejamos la carretera surcada de ruidosos y veloces vehículos y nos aproximamos por aquel camino de tierra a dicho barrio, sentimos la angustia que significa encontrarnos lejos del progreso, pero también una cierta alegría al observar una realidad fuera del alcance de la competencia y el transcurso del tiempo.

El barrio de Morandé lo componen no más de veinte casas alineadas, frente a las que corre una acequia y se agita una arboleda añosa que oscurece la calle. Una que otra vivienda rompe, con un improvisado segundo piso o algún balconcillo, la simetría del conjunto, pero ésta se recupera, ya que a todas las casas las alcanza una guarda de color que divide en dos a las fachadas.

Junto a la mayoría de las puertas se advierte una gran piedra que hace las veces de escalón. Difícil es encontrar una de estas puertas que calce con el marco del vano, produciéndose hendiduras que desde dentro pinta la amarillenta luz de las velas.

En las ventanas, escasas y de porte mezquino, cuelgan, a mitad de los vidrios, visillos flojos como ropa tendida. Constantemente sus moradores humedecen la polvorienta vereda, lanzándole lavatorios y jarros con agua.

---

Sucédense allí en forma alternada profundas sombras y luminosas zonas de sol, tan intensas estas últimas que en ellas casi se pierde la calidad de la tierra. Los perros se funden con las oscuridades donde se echan. Las aves de corral, en cambio, más inquietas, cruzan veloces hacia la luz, recuperando de golpe sus nítidas siluetas.

Algunas casas, convertidas en almacén y baratillo, soportan bajo la cornisa un toldo desvencijado que permanece extendido todo el año. Como joya resplandece la balanza de bronce en medio del sordo color de los sacos de papas, de los escaparates semivacíos y los frascos empañados por apretadas golosinas de miel.

Al fondo, la calle se abre a una plaza circular, sin árboles, en cuyo centro se alza un plinto de cemento con cálices en relieve, borroneados de cal. Sobre este pedestal aparece una cruz vacía, ya que de la imagen de Cristo sólo quedan adheridas al madero la pequeña inscripción y la corona de espinas.

En la única casa aislada que enfrenta a la plazoleta de la cruz vacía, la viuda Medrano, mujer diminuta y nerviosa, educaba a su hijo. Hacía ya varios años que, vestida de riguroso luto, la cabeza oculta bajo un espeso velo y llevando a un recién nacido en los brazos, había cruzado la calle principal de Morandé para instalarse en aquella casa que no colindaba con nada ni con nadie. Su aspecto llamaba la atención, ya que en tan insignificante físico se desarrollaba una vitalidad asombrosa, imprimiendo a su andar y sus ademanes una precisión y rapidez que sólo logran los juguetes mecánicos. Dos razones le habían hecho guardar silencio y mantenerse en completo aislamiento respecto de sus vecinos: una, su historia; la otra, la secreta vanidad de sentirse superior al resto.

Víctima en su primera juventud de una pasión arrobadora, en que su propio corazón tomara el partido del contrario, se vio un día ocultando a sus padres una realidad que se volvería en pocos meses ineludible. Sin contar con el apoyo del que al conquistarla había ya agotado todos sus esfuerzos, dio a luz junto a una puerta de calle, intentando hasta el último momento ignorar que era a ella a quien acontecían estos hechos.

Los padres, mientras Elvira permanecía en la clínica, ilusionados en que del incidente nada se sabía, tramitaron la donación del niño. Aun cuando Elvira demostraba con su actitud indiferente — ya que en

---

el lecho daba la espalda al recién nacido — que aceptaría el acuerdo, había tomado una decisión muy distinta.

Una mañana, de madrugada, sin ser vista, hurtó sus ropas a una viuda que ocupaba la cama contigua, a una de las monjas que atendían en la sala el velo de su toca, y vestida con ellos dejó la ciudad de San Felipe, caminando hasta llegar al puente de la droguería, en donde descendió por el sendero que la condujo directamente a la casa que ahora ocupaba.

Así como las almas escogidas al atravesar la puerta del paraíso se transforman en seres traslúcidos y alados, del mismo modo Elvira Medrano, al cruzar de luto frente a la veintena de casas y boliches de Morandé con un crío en los brazos, se volvió de madre soltera en viuda respetable, y los vecinos sintieron en sus corazones no el repudio a que obligaba lo primero, sino la compasión que despierta lo segundo.

Nunca se supo cómo había conseguido esa casa que por tanto tiempo estuvo desocupada, ni adónde se dirigía cada mañana cuando al llegar al puente se perdía de vista. Se sabía que al niño lo dejaba solo, pero jamás se le escuchó llorar, a pesar de que ella regresaba cuando ya el viento tenía licencia para remecer a gusto la copa de los árboles y desafiar en las alturas a las aves de rapiña.

Aseguraban que el niño permanecía dentro de un barril, pero nadie lo había podido comprobar porque las abundantes matas de manzanillones se encargaban, apoyadas en la endeble empalizada del jardincillo, de ocultar la casa a los curiosos.

Tan sólo por un detalle no pudo Elvira deponer su actitud arrogante y hostil, viéndose obligada a continuar con la conducta de siempre. Fue al advertir el pavor que le producía la sola idea de cambiar por trajes más llamativos y alegres su inseparable ropa negra.

Dentro del barril, el pequeño Augusto, apoyado con dificultad en sus manitas, giraba en redondo intentando permanecer erguido. Eso era al comienzo, cuando Elvira, al regresar de sus andanzas, lo encontraba dormido en el fondo, abrazado a un marinero de trapo. Una noche, sin embargo, al inclinarse para rescatarlo, advirtió que el niño no estaba; tampoco el muñeco. Desesperada, recorrió toda la casa hasta hallar a ambos parloteando alegremente en la cocina. Luego de prohibirle salir afuera, se resignó a dejarlo libre. Cada tarde, al enfilear la calle del barrio, apresuraba su andar, sumándose al ruido de sus pasos los latidos de su corazón. Afirmada en la perilla de la puerta, temía abrirla porque se imaginaba lo peor. No obstante, sucedía lo contrario, ya que,

---

en vez de desorden o tragedia, encontraba a un niño hacendoso, que a medida que el tiempo transcurrió, fue realizando pequeñas faenas como barrer, lavar la loza, ordenar la ropa. Lo que le resultaba difícil al pequeño era cocinar y, sobre todo, aguardar a su madre sin dormirse. Por ello tomó la costumbre de meterse en su cama, a sabiendas de que Elvira, al llegar, lo despertaría en medio de besos y caricias para transportarlo hasta su dormitorio.

Como la madre, el chico era de contextura frágil. Parecía imposible que esas dos piernecitas flacas como hilos pudieran sostener el cuerpo o, bien, el angosto cuello a la cabeza. De facciones regulares, el cabello negro semejaba pintado por lo sedoso, lo que lo hacía caer en un tupido fleco sobre la frente. La boca era diminuta y la nariz tan pequeña y respingada que toda la expresión se la llevaban unos ojos alertas y precisos que no divagaban nunca.

Gran expectación se produjo en el barrio el día en que, desobedeciendo a su madre, el pequeño, envuelto en un chal y con unas zapatillas que evidentemente no eran suyas, tirando resuelto un cochecito con el marinero dentro, cruzó la calle principal de Morandé hasta llegar al puente de la droguería. A su regreso se habían duplicado los espectadores, quienes, sorprendidos, vieron de nuevo al niño atravesar frente a las casas y boliches, con la dignidad de un padre que, al pasear a su hijo, lo exhibe lleno de orgullo. Ni una sola vez se volvió hacia los curiosos, limitándose a dar un gran portazo en la empalizada del jardín, que hizo a los manzanillones precipitarse unos contra otros, inclinando sus corolas para saludarlo. Ése fue su primer paseo; luego vendrían otros.

Augusto ya pertenecía a la vida del barrio.

El muñeco del niño era muy particular, puesto que en vez de una sola cara poseía tres, accionadas por una manivela que tenía en la cabeza. Al girarla, aparecían alternadamente los distintos rostros, cada uno de los cuales mostraba una expresión diferente. Cuando la cara sonriente estaba a la vista, las otras quedaban ocultas bajo la gorrita de felpa. A la risueña sucedía una dormida, y a ésta, a su vez, otra acongojada, con lágrimas pintadas en las mejillas.

Cada una de esas expresiones respondía a las diversas actividades de su dueño. Para los paseos estaba reservada la cara alegre; pero, apenas ingresaba en el hogar, era necesario cambiarle la sonrisa por el llanto, que por lo general lo acompañaba la mayor parte de la jornada, obligando al niño a realizar sus pequeñas faenas con mucha rapidez

---

para alcanzar a salir de nuevo, haciendo girar antes la cabeza del muñeco con la misma ansiedad que la manilla de la puerta.

El rostro dormido era sólo para la noche. Así, Elvira, al regresar, se encontraba con dos niños de expresión idéntica: una accionada por la mano de su dueño; la otra, por la fatiga.

## 2.

Carlos Aguiar, farmacéutico de renombre, amenizaba la ardua labor de dirigir una droguería con una dedicación constante hacia las múltiples actividades artísticas y culturales de la capital. Esto le significaba emprender continuos viajes a Santiago, ya que los escasos espectáculos del pueblo le resultaban tediosos. No se piense que Aguiar era uno de esos individuos de quienes se dice que poseen un barniz de cultura; esto parece más bien reservado a esas mujeres que han debido pasar, a causa de un matrimonio ventajoso, de una posición social a otra diferente. Por el contrario, era Carlos Aguiar, más que barnizado, enchapado, situación que lo hacía manejar con naturalidad una serie de conocimientos que incluso algunas veces se apartaban de la vulgar anécdota, para adentrarse en análisis de contenido y planteamientos estéticos.

A pesar de que se creía con propiedad para opinar sobre todo y calificarlo todo, su fuerte era la pintura. Asombraba a su auditorio con sus narraciones de la historia de los genios, haciendo permanente hincapié en lo paradójico que era que en vida de esos artistas poco o nada se pagara por sus obras, alcanzando las mismas «precios prohibitivos» cuando éstos fallecían.

Su tema predilecto era el de la escuela impresionista. En tanto escanciaba a sus invitados pisco sour y hacía circular aceitunas y trocitos de queso ensartados en mondadientes, los deleitaba con el cuento de la oreja que Van Gogh se cortó para ofrendarla a una querida, o el despotismo desplegado por el conde Alphonse de Toulouse Lautrec hacia su hijo deforme, y su arrogante actitud al acompañar de a caballo el féretro del pintor en el día de su entierro. Las historias se seguían unas tras otras, y cuando alguno de los invitados interrumpía para acotar un detalle que al parecer el señor Aguiar había omitido, éste lo silenciaba con una mirada de hielo, variando la conversación, llevándola de la simple anécdota a la apreciación artística de los pintores

---

aludidos. Entonces se sucedían las expresiones como «pintores llenos de luz y movimiento», «cuadros hechos con nada» y frases por el estilo, que hacían creer a los demás que el señor Aguiar no sólo era un hombre informado, sino que también conocía, más allá de las biografías, el contenido intrínseco de esas escuelas.

Las tertulias se llevaban a cabo en el despacho de la droguería, pues a la casa, que quedaba detrás de unas bodegas, casi nunca invitaba. Como el mesón dividía por la mitad esa enorme estancia, una vez terminada la actividad comercial, cerraba la puerta y distribuía cantidad de sillas y taburetes sobre el piso cuadriculado de baldosas negras y blancas. Una lámpara provista de una pantalla color verde y de un peso de plomo, era bajada a corta distancia del suelo, esfumándose a lo lejos los escaparates llenos de frascos y cajas de medicamentos.

En todo momento se mezclaban las voces de los contertulios con el ruido del agua interceptada por las esclusas del estero. También se escuchaban los vehículos, carretelas y caballos cuando cruzaban el puente.

La droguería la componían cuatro construcciones de aspecto tétrico, tan sin gracia como si les hubieran cepillado las fachadas, ya que éstas, revestidas de latón, sólo mostraban pequeños ventanucos en las alturas, que apenas sombreaban recortados aleros de zinc. Dos chimeneas de porte desigual sobresalían de los techos, y únicamente en la casa de Aguiar se veían plantas y uno que otro árbol rodeados por una cuidada empalizada.

Frente a la droguería que quedaba cerca del puente se alzaba el único cerro pequeño del valle, que soportaba en su cima un estanque blanco que contenía el agua dulce. Era diversión de Carlos Aguiar observar cada tarde, desde la galería de su casa, provisto de un catalejo de marino, las cabras que pacían en la cumbre custodiadas por los pastores de Morandé.

Antes de que los invitados acudieran a la droguería, Carlos quitaba del mesón un gran frasco de pastillas de eucalipto, porque su experiencia le había enseñado que en cuanto éstos llegaban, engullían una tras otra las aromáticas gomas.

Era Carlos un hombre robusto, de poco pelo y nada de cuello, pareciendo la cabeza directamente atornillada a los hombros, lo que hacía a la camisa permanecer siempre desabrochada. Vestía una cotona blanca cuyos botones resistían a duras penas la obesidad de su dueño. Las piernas cortas y de fornidas pantorrillas, revelaban su volu-



---

men al cubrir de pliegues los pantalones. Sus manos, pies y rasgos faciales eran diminutos, sobre todo los ojos, que semejaban dos ranuras hechas con abrelatas en esa ancha cara, algo inclinada hacia atrás, que le impedía ver dónde pisaba, volviéndolo muy cauteloso, como pieza de ajedrez amenazada en aquel enorme tablero de baldosas.

A veces, para no cansar a su auditorio con el repetido tema de la pintura impresionista, cogía un violín y, hundiendo su blando mentón en el madero, circulaba con la levedad de una mariposa por entre las sillas, arrancando suspiros a las señoras y miradas suspicaces a los varones. Daba la impresión de que los frascos se estremecían con los agudos estridentes del ejecutante, pero esos ruidos se debían al gato de la droguería que, aturcido por los maullidos de su amo, buscaba la salida, equilibrándose sobre los remedios.

Cuando tocaba piezas más serias, requería de un atril y una asistente, que la mayoría de las veces resultaba ser la viuda Medrano, quien, con la devoción del monaguillo que escancia el vino o transporta de sitio el misal, volvía las amarillentas páginas de la partitura.

Elvira Medrano era el único miembro del personal a quien se permitía alternar con el resto de los invitados, tal vez porque no trabajaba en el laboratorio ni en las bodegas, sino junto a su patrón, en el despacho de la droguería.

Sentada en un alto taburete, desde la mañana a la tarde revisaba cuidadosa el libro de cuentas, anotando con letra perfecta las sumas en las columnas del debe y el haber. De tiempo en tiempo untaba la lapicera en el tintero de loza, para luego restregar la pluma contra sus bordes, y así no dejar caer una mancha sobre las dibujadas cifras. Silenciosa, cabizbaja, se concentraba a tal punto en sus deberes que lograba casi desaparecer, resultándole a Aguiar muy conveniente una compañera tan muda. Jamás se permitían el diálogo durante la jornada; éste estaba reservado únicamente para las horas de tertulia, en las cuales ambos conversaban tanto que parecía que la viuda no hubiera estado allí el día entero, sino que recién llegaba.

Otra asidua era la señora Leontina, de la botica de Llay-Llay, a la que un doble interés llevaba ciertas tardes a la droguería del puente: por un lado, la necesidad de aumentar sus escasos conocimientos y, por otro, la de mantener buenas relaciones con el principal proveedor de su negocio. Tampoco faltaba nunca la vieja Berta, flaca y roñosa co-

---

mo una piel apolillada, a quien un sacrificado viaje a Europa hacía sentirse con derecho a rebatir a veces al señor Aguiar. Estaba muy enferma de diabetes, y el practicante, el señor Flores, también presente, la pinchaba cada mañana.

Se sumaba al círculo la señorita Toro, una costurera que vivía a la salida del pueblo, hecho éste que le facilitaba el viaje, pues lo hacía a pie. Usaba anteojos con marco negro, y se decía que en una ocasión se permitió mostrar al señor Aguiar y sus amigos una escultura obscena que había desde tiempos inmemoriales en su casa, lo que provocó un prolongado silencio que dejó a la señorita Toro excluida varios meses de tan selecta compañía.

También se hacía llevar por su ama de llaves un viejo alemán que años atrás había vendido la droguería a su actual dueño. Como sufría de gota era necesario bajarlo en andas de su antiguo Ford y sentarlo junto al mostrador. De mostachos amarillentos por el exceso de cigarrillos, hablaba con una voz meliflua que contrastaba con la gravedad de su aspecto. Su afición eran los mastines; pero como la enfermedad le impedía asistirlos, de ello se encargaba la dama de compañía, que por temor a ser mordida, les lanzaba el alimento encaramada en una escalera que apoyaba a la reja tras la que los perros se revolcaban en sopa, restos y ladridos.

Entre el farmacéutico alemán y el señor Aguiar había un asunto pendiente que incomodaba a ambos. Se trataba del cuadro de un alquimista del siglo dieciocho, que pendía sobre el pupitre en donde trabaja Elvira. Era éste el retrato de un hombre imponente, vestido con justillo de raso, calzón corto, medias rojas y zapatos de tacón. En dos roscas, tan perfectas como los barquillos rellenos que hacía la señora Leontina, terminaba la peluca del personaje, quien sostenía un matraz sobre una salamandra encendida.

Al venderse la droguería no se estipuló lo del retrato, y así, tanto el anterior como el actual propietario se creían dueños del cuadro. A ambos seguía, con su penetrante mirada, el alquimista, intentando también averiguar, a pesar de su ciencia, a quién pertenecía.

Desde el puente se sabía cuándo había tertulia en la droguería. Lo denunciaban los vehículos estacionados frente a la puerta, sobre el camino de grava. En tanto adentro el señor Aguiar hipnotizaba casi a su auditorio con sus largas peroratas sobre la vida de los pintores ilus-

---

tres, afuera un conjunto heterogéneo de medios de transporte contrastaba con las severas fachadas de las bodegas, la casa y el laboratorio. En primer lugar, la bicicleta Legnano, con faroles, parrilla y cromados, que pertenecía al practicante, quien cuidadosamente la apoyaba contra el marco de la ventana. Luego, el Ford del antiguo propietario, el señor Bechard, de color gris, aislada la cabina del chofer por un grueso vidrio biselado. Sobre el manubrio sobresalía el botón de la bocina como una gigantesca ágata. Y por último, un fiacre de punto, vetusto y polvoriento, que utilizaban la señora Leontina y su marido. Era para ellos «tan razonable» la tarifa, que lo hacían esperar hasta el final de la velada. Al partir de la estación de Llay-Llay, donde junto a una interminable hilera de otros coches aguardaba la llegada de los trenes, el fiacre que alquilaba la señora Leontina daba primeramente una vuelta a la plaza para recoger a la vieja Berta y a algún otro invitado, y enseguida tomaba la larga avenida de palmeras en dirección al puente. Por lo general se topaban en el camino con el Ford de Bechard y la bicicleta del practicante, formándose así un verdadero cortejo. El automóvil delante, luego el fiacre, y asido a la portezuela de éste, el ciclista, ahorrándose así pedalear en la pendiente. Los roncoc bocinazos del Ford, la sonajera de cristales del coche y los gritos del practicante intentando comunicarse con las señoras, eran la señal que esperaba la costurera para detener la Singer, quitarse de encima los alfileres y la cinta de medir, y sumarse a la caravana, que al llegar al puente desaparecía bruscamente en la bajada, para reaparecer revueltos y borrosos de polvo los vehículos, frente a la droguería.

Aquiles, el cochero, sentado al pescante mientras aguardaba, remendaba los arneses o tallaba pacientemente la vara de la fusta. Pero casi siempre era interrumpido en su labor por la presencia de Aguiar que, entreabriendo la puerta de rejilla, lo invitaba a pasar. De este modo hacía ostentación de su sentido humanitario, a sabiendas de que Aquiles prefería esperar a sus clientes afuera, en vez de hacer esfuerzos por estarse quieto en una silla.

Nunca las reuniones tenían lugar los fines de semana, ya que el anfitrión acudía a Santiago o Valparaíso «para ponerse al día» en materia de espectáculos.

En una ocasión le urgía ver una película de la que había ya leído todas las críticas y comentarios aparecidos en diarios y revistas. Por ello, en cuanto llegó a la estación Mapocho tomó un taxi que le condujo de inmediato a la boletería del teatro, que, para su sorpresa, exhibía una

---

pequeña cola de personas. En cuanto Aguiar se apeó, lo primero que hizo fue acercarse a la ventanilla y contar las entradas disponibles y el número de personas que las requerían. Satisfecho al comprobar que alcanzaban justo para todos, se puso en la fila. La función estaba por comenzar. La sala era pequeña y las localidades, aunque dispersas, eran todas buenas. Faltaban sólo tres personas para el turno de Aguiar cuando apareció un amigo del que le antecedió y pidió a éste que le tomara un boleto. Al llegar Aguiar a la ventanilla, el tablero lucía vacío.

— Por eso — explicaba indignado a su conmovido auditorio —, cuando alguien me solicita que le compre una entrada, me niego rotundamente.

— ¡Qué barbaridad! — acotaba la señora Leontina, para luego agregar —. ¡Hacer un viaje desde tan lejos y para nada...!

— ¡Así es, amiga mía! ¡Por una sola entrada!

Este incidente hizo que el jueves por la tarde, Carlos Aguiar pagara su salario a los cuatro operarios que tenía, destinando todo el viernes a darse un buen baño, afeitarse hasta encender sus mejillas, recortarse la guarda de barba que le rodeaba de blanco la cara, lustrar sus zapatos y en fin, prepararse para salir al día siguiente de madrugada.

Una de las tertulias más memorables fue aqueélla en la que, rompiendo la costumbre, los invitados llegaron en forma desordenada. La señorita Toro antes que nadie, engañada por otras bocinas y otras sonajeras; el practicante, solo, pedaleando todo el tiempo, y finalmente el Ford de Bechard, en el que esta vez venía el resto de la concurrencia, incluso la señora Leontina, aliviada porque, según decía, la obligación de tomar siempre el coche de Aquiles «repercutiría en sus psique», «volviéndola dependiente», «camino éste seguro a la neurosis». Todo aquello lo había leído en una revista femenina durante las interminables horas en que la farmacia permanecía desierta. El cochero, desconcertado, pensando que algo insólito ocurría a su cliente, acudió de todos modos, apurando el fiacre vacío. Al llegar, sintiendo el señor Aguiar el crujir del ripio bajo las ruedas encintadas, salió a su encuentro, y llevándose un dedo a la boca, le indicó con breves y repetidos gestos de su regordeta mano que entrara. En tanto Aquiles buscaba su puesto, tropezó con la mirada de la señora Leontina, que a pesar de estar envuelta en la penumbra, era tan malévola como la del gato.

En aquella ocasión, leía Aguiar a sus amigos el libro de Ambroise Vollard, *Memorias de un vendedor de cuadros*, y todos se deleitaban con los avatares de la vida de Manet y de cómo su viuda, al verse en la

---

miseria, debió cortar en múltiples trozos el lienzo *El fusilamiento de Maximiliano*, para así lograr mayor precio al vender éstos por separado y poder pagar sus deudas. Luego pasaron a las historias de Renoir con sus modelos, y al antagonismo entre ellas y su mujer; la abnegación de Cezanne y la vida excéntrica que Gauguin llevara en la Polinesia, rodeado de nativos.

Por un descuido, el frasco con las gomas de eucalipto había quedado sobre el mesón, al alcance de la vieja Berta, quien, contraviniendo los órdenes de su médico, las ingería una tras otra, como queriendo suicidarse.

— ¡Usted no debe comer dulces, mi amiga...! — exclamó Aguiar, dejando de lado el libro. Y rodeando con sus cortos brazos el frasco lo colocó lejos, en uno de los escaparates. El practicante, que dormitaba como el cochero, levantó atento la cabeza, en tanto la vieja Berta explicaba:

— Mi pobre madre, que también padecía de diabetes, cansada de todo, se despachó comiendo un tarro de mermelada.

Se habló enseguida de enfermedades, lapso que aprovechó Elvira para traer dos grandes bandejas con queso cortado y aceitunas. Aguiar escanció licor en todos los vasos, menos en el de la vieja Berta, que Elvira llenó de café con leche. Como compensación, Aguiar le ofreció entonces una manzana. Y mientras saboreaban aquellos bocadillos, no sabiendo dónde depositar los mondadientes, el farmacéutico cogió su violín, y, entrecerrando los ojos, se dejó transportar por una melodía de Saint-Saëns.

En eso estaban cuando se sucedieron ciertos hechos insólitos que perturbaron a los asistentes. Primero fue el viento, que se empeñó en golpear una y otra vez la puerta de rejilla; luego el caballo del fiacre, que con un prolongado acompañamiento hizo sus necesidades, distrayendo vivamente al auditorio; y finalmente, para sorpresa de todos, un niño con el pelo cubriéndole la frente y apretando un marinero de paño bañado en lágrimas, puso sus pies desnudos sobre el immaculado pavimento. Los concurrentes se desconcertaron. Elvira, no sabiendo cómo reaccionar, quedó atónita, retorciéndose las manos, mientras Aguiar, sin dejar de tocar, se inclinaba hasta poner el instrumento a la altura de ese par de grandes ojos negros. Luego, sonriendo, apartó el arco de las cuerdas.

---

—¿Y tú, quién eres? —indagó cariñoso.

—Me llamo Augusto —respondió éste con decisión.

—Pues bien, Augusto, ven —exclamó el farmacéutico y cogiendo al pequeño de la mano, lo condujo hasta el lugar en donde escondía las gomas, y luego a una silla desocupada junto al mostrador.

—Aquí no ha sucedido nada —exclamó risueño, retomando la melodía.

Elvira se levantó, y haciendo creer que se ocupaba del niño como lo hacía con las bandejas, lo sentó a su lado, rogando a Dios que nadie sospechara que se trataba de su hijo. Desde luego, los invitados no asociaron al pequeño con la cajera de Aguiar; pero éste, más suspicaz y buen fisonomista, vio duplicadas las facciones de la madre en las del niño, y cuando los demás se hubieron marchado, en tanto guardaba el violín dentro del estuche, habló a Elvira, sin dirigirle la mirada:

—Traiga al chico cada vez que lo desee. Créame que en nada me molesta. Por el contrario, me agrada.

Esa noche, mientras atravesaban el barrio, sintió la madre una gran alegría y un cierto alivio, que demostró secretamente al oprimir con efusión la manita de Augusto. Al llegar a la plazoleta ante su casa, giró la cabeza hacia la cruz vacía y en su entusiasmo, creyó ver la imagen que las lluvias y el viento habían disuelto.

### 3.

Al tiempo que el alba calcaba su rostro sobre la superficie del estero, rescatando de las sombras sus contornos, Elvira y su hijo se dirigían a la droguería. Allí, el niño, en el mesón, junto al pupitre de su madre, aprendía a trazar palotes y vocales, para luego deletrear, a media voz, con el fin de no perturbar al señor Aguiar, sus primeras lecciones.

El farmacéutico, a pesar de mostrarse concentrado en medir sustancias químicas en las balanzas enclaustradas en fanales de vidrio, no dejaba de escudriñar a su pequeño pupilo, llenándolo de ternura la manera tenaz con que éste se aplicaba al estudio. Sin que el niño se percatara, lo espiaba silencioso sobre el hombro, mientras los anteojos de cristal le resbalaban por la nariz. Elvira, a su lado, se hacía la desentendida, ofrendando el tutelaje de su hijo a su patrón, como muestra de agradecimiento, actitud que la obligaba a controlar y disimular los secretos arrebatos de su corazón. Terminada alguna tarea a que lo había

---

sometido Aguiar, el pequeño se dejaba caer con dificultad del alto taburete y con el cuaderno en la mano, se acercaba al farmacéutico, quien deliberadamente tardaba en darse por aludido.

—¿Qué sucede? ¿Ya has terminado? ¡Pero qué rapidez! Veamos... ¡Correcto! Ahora sumarás y restarás también.

Augusto volvía a trepar hasta alcanzar el mesón y se entregaba de nuevo a sus murmullos y a contar, una y otra vez, utilizando los dedos de las manos. También los ocupaba para borrar, y entonces presentaba las operaciones con un agujero, lo cual hacía que el señor Aguiar le recomendara usar la goma con tal dureza fingida que los ojos de Augusto se empañaban a la vez que la pluma de Elvira se detenía, sin que ésta se atreviera a observar la escena. Cuando la carcajada sonora del farmacéutico revelaba que sólo se trataba de una simple broma, y el pupilo terminaba sobre las rodillas del viejo solterón, la lapicera de Elvira volvía a deslizarse como siempre.

Aguiar reglamentaba los horarios del pequeño, permitiéndole recreos entre lecturas, copias y cifras. Como de continuo debía acudir al pueblo para enviar desde la estación alguna encomienda o abastecer a la farmacia de la señora Leontina, solía pedir al pequeño Augusto, durante esos descansos, que lo acompañara. Utilizaba para sus trajines una carretela de ruedas altas que remataba en un toldo muy elegante lleno de guardamalletas y borlas de colores, que se apoyaba en cuatro varas endebles. Era corriente ver al niño aguardar largo tiempo a que Aguiar se desocupara de sus asuntos para continuar viaje.

Como el pequeño era rápido en resolver los problemas que el señor Aguiar le planteaba, y éste se impacientara porque a cada momento el chico lo interrumpía, empezó Augusto, para tardar más tiempo, a dibujar al pie de las cifras y de las frases. Al inicio fueron simples puntos de colores, luego figuras ornamentales, y finalmente dibujos que lo absorbían de tal modo que esta vez era Aguiar quien debía llamarlo.

En un principio, el farmacéutico lo regañó por «decorar» las páginas, cuando su obligación era presentarlas impecables; pero con el tiempo comenzó a interesarse más por los dibujos que por el resultado de las operaciones. Sobre todo que, a medida que éstos prosperaban, los números empezaron a arrojar resultados erróneos.

—¿De dónde has copiado esto? —inquirió en cierta ocasión al observar el dibujo de una carretela igual a la de la droguería, tirada por un caballo que mostraba un escorzo complicado.

---

— ¡No lo he copiado: lo hice de memoria! — replicó Augusto.

Aguiar, sin decir palabra, dobló la hoja y se la echó al bolsillo.

Día tras día se fueron acumulando estos bocetos, que el farmacéutico introducía, luego de fechar, dentro de una carpeta, sin mayor alarde, para que el pequeño se expresara libremente y no lo hiciera tras la búsqueda de reconocimiento. Esta razón indujo a Aguiar a no mostrarle sus libros de arte, cuidando de este modo que el niño no cayera bajo influencias prematuras.

— Yo soy capaz de copiar el cuadro grande — le expresó un día, señalando el retrato del alquimista.

— Inténtalo: aquí tienes una acuarela — respondió Aguiar, extrayendo del cajón de su mesa una caja que guardaba para alguna ocasión especial.

El asunto tomó las características de un duelo. Por un lado, Aguiar no demostró el menor interés por revisar el trabajo, y el niño, por su parte, copió sin levantarse de su puesto una sola vez. De reojo se observaban, mezclándose en sus pechos toda suerte de sentimientos encontrados. Al término del día, Aguiar hizo como que ignoraba el desafío, no acercándose siquiera al mesón en donde quedó la copia terminada. El pequeño Augusto, con los ojos afiebrados y la emoción impidiéndole comportarse naturalmente, salió tras su madre sin despedirse.

Aguiar estaba solo. La lámpara de opalina verde se balanceaba levemente, imprimiendo sobre el piso un ruedo de luz que oscilaba tiñendo y destiñendo las baldosas. Primero se dedicó a cerrar la sala, dejando para el final la revisión de la copia que picaba su curiosidad. Antes de poner llave al estante estuvo tentado de salir y dejar para el día siguiente el asunto, pero al darse cuenta de que se ponía a la altura de un niño, se acercó resuelto al mesón y cogió la cartulina. A punto estuvo de caer desmayado. Sus ojos no cesaban de ir de la acuarela al cuadro que colgaba del muro. Lo que tenía entre sus manos era una pequeña obra maestra, de una perfección técnica increíble. La limpia aplicación de los colores, el orden inteligente de su ejecución, las soluciones, la síntesis y economía de medios, eran dignas de un gran pintor.

— ¡Dios Santo, este niño es un genio! — exclamó con la boca abierta, mientras no atinaba sino a apoyarse contra el muro.

Luego, dejando la puerta abierta mientras la lámpara se cimbraba con renovada velocidad, subió a duras penas a la carretela y cogiendo con fuerza la acuarela en una mano, no cesó de fustigar al animal,



---

que a punta de brincos lo llevó hasta el puente para luego descender por el otro costado y enfilear el sendero rumbo a Morandé. Envuelta en polvo, mientras el ruido ensordecedor sacaba de sus lechos a buena cantidad de curiosos, se detuvo bruscamente junto a la empalizada que apenas podía sostener las matas de manzanillones.

— ¡Augusto! — gritó fuerte, precipitándose contra la puerta y atravesando el vestíbulo, se echó de bruces encima del niño, que asustado como su madre, permanecía erguido sobre la cama.

— ¡Augusto! — atinaba sólo a decir —. ¡Augusto: tú no sabes...!

Y fijando la vista sobre la acuarela que arrugada había caído junto al lecho, creyó verla girar, mezclándose sus colores hasta adquirir una velocidad sorprendente, vislumbrándose allí ciudades, premios, reconocimientos, viajes, museos, éxitos, honores; y ante los ojillos ávidos de Aguiar volvieron a pasar las innumerables páginas de sus biografías de artistas, confundándose entre ellas la del pequeño Augusto. Tenía en sus manos uno de esos talentos, pero esta vez vivo, nuevo, como si alguno de esos personajes que tantas veces observara en sus libros a la luz de la bujía, se hubiera desprendido de aquellas hojas en reconocimiento a la sostenida y entusiasta veneración que siempre brindó a los que les fue dado el privilegio y la suerte de crear.

#### 4.

Los primeros años del pequeño artista transcurrieron entre la droguería y su casa de Morandé, bajo la tutela cada vez más estricta del farmacéutico. Durante todo ese tiempo, Augusto desarrolló múltiples actividades, dando preferencia, sin embargo, a sus estudios escolares y ejercicios artísticos. Aguiar le negó acudir a la escuela, argumentando que el ambiente de ese establecimiento parroquial no era el adecuado a un futuro gran artista. Parecía olvidar el farmacéutico todas las desdichas leídas acerca de pintores, escultores y poetas, al fomentar en el hijo de Elvira una carrera que él mismo se encargaba, durante sus tertulias, de denunciar como dura e injusta. Desde aquella noche en que advirtió la fidelidad con que el pequeño había copiado el óleo del alquimista, se ocupó no sólo de instruirle, sino además de su ropa, nutrición y todos los pormenores que su frágil madre jamás habría podido brindarle. No obstante, aunque su dedicación era acuciosa, tuvo el buen criterio de no insistir respecto de lo que más le interesaba: la orienta-

---

ción que debía seguir en cuanto al aprendizaje de su verdadero oficio. Incluso se privó de obsequiar a Augusto una caja de óleos, aduciendo que era prematuro, ya que tal vez el uso inadecuado de esos materiales le acarrearía vicios difíciles más tarde de corregir. ¿No le había sucedido a él lo mismo respecto de su violín? ¡Nada de improvisaciones ni malas influencias!

Esta política del tutor permitió a Augusto alternar su dedicación por el dibujo y la acuarela con la práctica de la amistad y el descubrimiento de la naturaleza. Por ello era frecuente que durante días se ausentara de la droguería, permaneciendo en Morandé allegado a alguna familia numerosa, donde se sentía hermano de otros niños e hijo de un hogar normal.

A veces Aguiar, desde la galería, veía avanzar en fila india por el puente, hacia el pueblo, a una familia completa, y mezclado entre los últimos retoños, a su protegido, al parecer dichoso con la expectativa de visitar a algún pariente ajeno o bien comprar una golosina.

— En una familia de patos va un cisne — se decía, moviendo significativamente la cabeza para luego ingresar en las oficinas.

Augusto prefería trabajar fuera del alcance de Aguiar, y así solía encontrarse en los modestos boliches de su barrio, rodeado de campesinos, dibujando en un grasiento papel de envolver que apoyaba sobre la tapa de un barril. La vieja Flavia, tomando la lámpara del mostrador, la sostenía en alto, cerca del pequeño, que sin interrupción iba retratando a los parroquianos que se le sentaban enfrente. Todo allí se ajustaba al ritmo de su mano, que libre de inhibiciones, se deslizaba segura de sí misma. La quietud de la tarde, la intensidad que confiere a los ambientes la pobreza, tan justa ordenadora y coleccionista de objetos adecuados, eran un deleite para el artista, que, a pesar de su corta edad, presentía que en lugares asépticos como el interior de la droguería era imposible encontrar sombras sugerentes, colores profundos y composiciones caprichosas, como allí, junto a las papas y las frutas, que se destacaban nítidas del hollín y la pátina de los muros. Cuando sus ojos, al incursionar en el fondo del almacén al que la falta de luz confería una distancia infinita, encontraban algún tiesto que defendía a duras penas su tono, o una taza blanca, que por contraste la oscuridad realzaba, él, con una vehemencia que desconcertaba a los parroquianos, intentaba con sus precarios materiales atraparlos en toda su plenitud.

Sabía que al entregar al señor Aguiar esos trabajos trasladaba de

---

lugar una realidad, adquiriendo aquellos dibujos y bocetos, captados en ambientes tan próximos a la naturaleza, una gran categoría.

— ¡La realidad! ¡Siempre la realidad! ¡Nunca nada de memoria! — repetía el tutor, guardando celosamente en las carpetas aquellos testimonios que sólo en la pobreza se producen y que en vano se buscan en sitios más refinados.

Cuando por las tardes, Aguiar se retiraba a su casa, era su costumbre acompañar el atardecer desde la galería. El sol, al dorar aquellos vidrios, impedía al farmacéutico ver los matorrales que corrían paralelos al estero, tras los que iba el camino que llevaba hasta la pequeña casa de su protegido. Al apagarse éstos, Aguiar se ponía de pie y escudriñando a través de esas lejanías, intentaba localizar las titilantes luces del barrio.

— Allí hay un gran talento — exclamaba en voz baja, volviendo a su sillón de mimbre, abandonándose a la oscuridad, en la que desaparecía.

Intuyendo Aguiar que las cosas tomarían otro giro, ya que el niño muy pronto dejaría de serlo, pensó que a modo de secreta despedida resultaría conveniente llevarlo a Santiago. Antes le hizo confeccionar por la señorita Toro un abrigo escocés, al que ella, por su cuenta y sin respetar la moda, le agregó una pequeña esclavina del mismo género y una gorra con visera. Aguiar, habituado a la indumentaria de los pintores malditos de Montmartre, quedó encantado con la apariencia un tanto anacrónica de su pupilo.

Viajaron en tren, en un vagón reservado, de los que llamaban «salón», donde en vez de butacas fijas, había sillones de felpa diseminados a gusto del pasajero. El programa consultaba: almuerzo en el hotel Crillón, visita al Museo de Bellas Artes y asistencia por la tarde, antes de regresar, al Teatro Municipal, que estrenaba la ópera *Lucía de Lammermoor*. Interpretaba el papel protagónico una soprano extranjera.

En cuanto llegaron, un taxi los condujo al museo, ya que aún no era la hora del almuerzo. De la mano ascendieron la hermosa escalinata de piedra. Afuera, el verdor del parque descalificaba los paisajes pintados que los visitantes se aprontaban a admirar. Ni Aguiar ni el niño estaban para reflexiones semejantes. Al ingresar, primero que nada, el farmacéutico se quitó respetuosamente el sombrero ante *El*

---

*descendimiento*, del escultor Virginio Arias, que en el centro del vestíbulo, recibía toda la iluminación proveniente de la gigantesca claraboya de vidrios empavonados. Deslizándose su mano por las suavidades del mármol, iba reconociendo las diferentes figuras del grupo:

— ¡Una obra maestra! ¡De una sola pieza! — enfatizó.

Y la visita continuó por las salas contiguas, atrayendo la atención del farmacéutico los óleos de Juan Francisco González, Eguilúz y Pablo Burchard, pintores afines a los artistas europeos que él tanto admiraba y a los que podía adjudicar los epítetos que destinaba a los otros. Augusto reparó en cambio en aquellos de principios del siglo diecinueve, Monvoisin, Wood, Searle y Rugendas. Sobre todo en una gran tela de Monvoisin que representaba el 9 de Thermidor, día en que Robespierre cayó en desgracia. Se veía al líder de los jacobinos desesperado en su intento de acallar a los insurgentes. Su mano se apoyaba en una campanilla a la que nadie prestaba atención. Toda la tela, pintada con relamida técnica, más parecía una ilustración que una realización plástica.

— ¿Te gusta eso? — indagó Aguiar, haciendo un gesto de desagrado, como si hubiese comido algo indigesto.

— Mucho — dijo el niño. Le era imposible apartar la vista del lienzo.

— ¡Aquello es pintura neoclásica, literatura, porquería, basura! ¡Escuela enemiga de los pintores románticos e impresionistas, artistas libres, sanos, de la luz y del paisaje!

— ¿De quién es? — repuso el niño, no haciendo el menor caso a las palabras con que Aguiar descalificaba la obra.

— De Monvoisin... un pintor de segundo orden, compañero de Ingres, otro porfiado — replicó.

Al darse cuenta de que al muchacho le eran indiferentes sus opiniones, se refirió a la técnica del pintor decimonónico para terminar de desprestigiarlo:

— ¿Quieres saber cómo hacía sus retratos?

El niño apartó la vista del cuadro y observó curioso a su protector.

— Cuando retrataba, para ahorrarse tiempo y trabajo, pegaba los encajes directamente a la pintura fresca y luego los arrancaba, dejándolos impresos, y así conseguía engañar al cliente con toda una treta artificiosa, ya que no tenía el talento de lograrlo de otro modo. ¡Negociante! ¡Para ganar más dinero y «hacerse la América»! En cambio... los

---

impresionistas... con nada... dos o tres toques... ¡te alejas y se arma toda la calidad de los paños!

— Prefiero éste — se atrevió a decir Augusto, mientras Aguiar, sin responderle, lo sacaba casi a tirones de la sala.

En el hotel Crillón, fueron servidos por dos mozos, uno de los cuales, antes de que Augusto se sentara a la mesa, le quitó su complicado abrigo.

— ¿Qué te parecen los gobelinos que cuelgan de los muros? — inquirió Aguiar —. ¡Son auténticas piezas del siglo diecisiete!

El niño, al dirigir la mirada hacia las telas, sobre el sutil diseño de las figuras, recordó la violenta escena de los jacobinos.

— ¿Quién era Robespierre?

— ¡Otra vez! Un tirano, un dictador, personaje relevante de la Revolución Francesa.

— ¿Por qué usaba los anteojos en la frente?

Al mismo tiempo que Aguiar se disponía a hablar de Robespierre, el mozo trajo una bandeja con un guiso frío incrustado en una jalea de color gris.

— ¡Cómetelo, no le hagas asco, esto es lo más fino que hay! — recomendó Aguiar, engullendo jalea, pan con mantequilla y vino de tres estrellas.

Con desgano, Augusto fue pasando de un plato a otro, hasta recuperar el entusiasmo frente a una copa de helados y crema, que sobresalía varios centímetros del borde de cristal.

Terminado el almuerzo, Aguiar explicó a Augusto que la servilleta no se dejaba como se la había encontrado, sino que lo correcto era arrojarla lo más arrugada posible sobre la mesa.

Luego de dar una suculenta propina y esperar a que el garzón le pusiera a Augusto el abrigo y el quepis, abandonaron el comedor.

Al salir, por un descuido, Aguiar entró primero en la puerta rotatoria, obligando al niño a hacerlo en el siguiente compartimiento. Confundido con aquel sistema que desconocía, afirmó la mano en el borde, el que se la apretó contra el marco, haciéndolo dar un grito que horripiló a las gentes de las mesas y detuvo a los transeúntes que circulaban por la acera. Aguiar, fuera de sí, tomó al pequeño en brazos y sin escuchar consejos, se encerró con él en el interior de un taxi.

Era la mano derecha, la de los pinceles, pensaba horrorizado el farmacéutico, mientras pedía con desesperación que los condujeran a la posta.

---

Vendado, con el brazo en cabestrillo, en el mismo vagón del tren en que habían llegado, volvieron a Llay-Llay. Aunque la lesión no era grave, como asegurara el médico de turno, Aguiar renunció a la ópera.

En la oscuridad de la sala, mientras la concurrencia emocionada se deleitaba con el conocido sexteto del tercer acto, dos sillas de palco permanecieron desocupadas, convirtiéndose en la codicia de los jóvenes que repletaban la galería.

Al cumplir trece años, Augusto había alcanzado, a pesar de la fragilidad de su contextura, un cierto porte, y la actitud resuelta y efusiva de sus ademanes en otro joven con menos espíritu, habría denunciado cierta flaqueza. Un bigote incipiente y una pelusa en las mejillas intensificaban apenas el color oscuro de su piel, como si una leve sombra le hubiera alcanzado el rostro. Todo el interés estaba centrado en sus grandes ojos redondos y precisos, causantes de que el resto de sus facciones se olvidara. Aunque el triángulo invertido que va de los hombros a la cintura no era aún muy acusado, ya comenzaba a transformarse aquel cuerpo en el de un hombre. Las piernas, sobre todo, habían adquirido cierta curvatura que le daba a su estampa una sutil arrogancia.

Más consciente de sí mismo, se había vuelto extremadamente solícito hacia su madre, relevándola de su agobiadora labor cada vez que podía. Con entusiasmo tomaba su puesto, rogándole que regresara a casa mientras él efectuaba la contabilidad de la pequeña industria.

Aguiar era víctima de secretos remordimientos, pues sabía que había llegado la hora de enviar al muchacho a una escuela que se hiciera cargo de su formación. Pero el temor a perderlo lo obligaba a postergar esa decisión, arguyendo motivos que no guardaban relación con las expectativas a que tenía derecho su pupilo.

Durante el verano el joven comprendió, aunque su delicadeza jamás le hubiera permitido darse por aludido, que su persona era la preocupación central del farmacéutico. Incluso, durante las tertulias, pretendía éste no exaltar la memoria de aquellos pintores célebres que antes no cesara de alabar y comparar con Augusto.

Pensaba con cierto alivio que al menos durante esos meses las escuelas estaban de vacaciones y forzosamente debía aplazar la solución para el comienzo del otoño.

---

Sin otra intención que alegrar a su protector, Augusto le propuso pintar su retrato. Conmovido, el señor Aguiar posó en la galería de la casa, y para su sorpresa vio que el joven utilizaba, en vez de óleos, que le estaban vedados, betún de zapatos para la carnación, y pasta de dientes, con la que reemplazaba el blanco de zinc, para lograr la barba cana de su modelo.

— ¡Esto no es posible! ¡Pasta de zapatos y dentífrico! Hoy mismo telefonaré a Viña del Mar. Allí conozco a una pintora de renombre que da clases a alumnos escogidos durante los meses de verano.

Y sin agregar más, considerando que el hecho sobrepasaba toda aprensión, se dirigió al teléfono que pendía del muro, dio vueltas a la manivela hasta hacerlo sonar con estridencia y pidió comunicarse con la señorita Lucrecia Cortés, a quien, en medio de gritos e interrupciones de la telefonista, logró recomendarle a Augusto, matriculándolo en el curso que dentro de pocos días se iniciaba.

Luego de colgar volvió a marcar, para dirigirse esta vez a sus primos De Morais, que como él eran de origen portugués. Se trataba de dos hermanos solterones, Adelaida y Arnaldo de Morais, bastante menor él que ella, la que parecía su madre. Alternadamente encargó a ambos a su pupilo, dándoles toda clase de explicaciones, algunas incluso algo incómodas para el niño, como datos sobre su origen o la historia de su madre.

Cuando terminaron de hablar, se volvió consternado, y dando unos pasos inseguros, abrazó al muchacho como si ya se encontraran en la estación de ferrocarril.

Al día siguiente, por primera vez en muchos años, la comitiva que siempre partía desde el pueblo a la droguería, tomó el rumbo contrario. Todos los amigos de Aguiar se sintieron en la obligación de despedir al muchacho, y para demostrar su adhesión al farmacéutico, quisieron acompañar al viajero haciéndolo desde el puente.

El Ford de Bechard, la bicicleta del practicante y el fiacre de la señora Leontina iban a respetuosa distancia de la carretela de Aguiar, quien sentado al pescante, conducía con desgano. Junto a su hijo se hallaba Elvira, y en el asiento de enfrente, a punto de caer, una valija y una cesta.

En el andén toda esa gente rodeó al futuro pintor.

Cuando el tren dejaba la plataforma, Aguiar, fuera de sí, salió del grupo, y corriendo con dificultad junto a la ventanilla del niño, intentó acompañarlo, echando al vuelo su corazón, ya que su físico, cada vez

---

más disminuido, se convertía rápidamente en una mancha insignificante.

5.

—¿Tú eres Augusto Medrano? —inquirió una voz melosa, obligando al joven a levantar la vista.

Se trataba de un hombre de edad incierta, resultado de la vida de holganza que llevaba. Magro, enfundado, a pesar de la estación, en un abrigo negro, equilibraba sobre las enormes orejas el sombrero, también oscuro. En la nariz, enrojecida y algo carnosa, se había depositado toda la pigmentación que debiera haber estado mejor repartida, sobre todo en las mejillas picadas de viruela y de una palidez enfermiza. Arrebatándole la maleta con avidez, echó a andar hacia la salida. Entre la mano enguantada que tomaba el asa y la manga del abrigo quedó una muñeca larga y flaca, tan descolorida que a causa de lo gris del día parecía separada del cuerpo. Augusto, con la cesta al brazo, lo siguió, intentando con dificultad caminar a su lado.

—Mañana a las tres tienes tu primera clase de pintura. En esa ocasión, yo mismo te acompañaré al palacio Vergara —dijo, y sin esperar respuesta, lo llevó por la plaza Sucre rumbo a la calle Arlequí.

La casa de los De Morais, como la mayoría de esos chalés, estaba revestida de tejuelas de alerce, con un torreón aguzado en cuya cima giraba en todas direcciones una veleta. El de los hermanos De Morais tenía, además, un balcón que, sobresaliendo de la fachada, descansaba en dos postes endebles que ensombrecían la entrada. Entre ésta y la verja había un corto trecho, siempre húmedo y sombrío, donde unos helechos y algunas calas se golpeaban contra los vidrios del vetusto edificio. Sus muros escamados de color gris hacían pensar en dragones y palacios encantados.

Dentro del vestíbulo en tinieblas arrancaba una gran escalera que sólo era visible desde la mitad hacia arriba, puesto que los primeros peldaños no se veían. Cuando el que subía se apoyaba en la perilla de la baranda, daba un grito de espanto, ya que Arnaldo de Morais, coleccionista de objetos raros, para satisfacer su retorcida imaginación, había ensartado allí un gigantesco coco con ojos y barbas de crin, trofeo indígena adquirido a bajo precio en un remate. A ambos costados de la



---

escalera se encontraban el salón y otras dependencias, todas ellas bajo llave.

Era la costumbre subir directamente de la calle a los dormitorios del segundo piso, lugar desde el que jamás bajaba Adelaida, anciana ya, y que a causa de su ceguera estaba confinada a una butaca.

Rompiendo tal costumbre, el señor de Morais, luego de entregar la maleta y la cesta del joven a una de las mucamas, se empeñó en hacer pasar a Augusto al salón, echándose con fuerza contra la puerta de cristales que por la humedad se hallaba atascada. Un olor malsano impregnaba todo aquello, y parecía que el musgo que se veía a través de los sucios vidrios continuara en las cortinas de felpa del mismo tono. El empapelado desteñido mostraba marcas que habían dejado las lluvias al empapar las murallas. Sobre un piano de concierto, infinidad de fotografías en marcos de plata se duplicaban en la reluciente cubierta. La mayoría llevaba dedicatorias que cruzaban la solapa de los trajes de los varones o los escotes de las damas. Una, muy importante, sobresalía del resto. Como viera De Morais que Augusto la observaba con especial atención, puntualizó:

— Es un retrato autografiado de Rubinstein. Fue muy amigo nuestro y solía alojarse en casa.

La mano del joven no pudo reprimir el deseo de levantar la tapa. Un pañete deshecho cubría el teclado, amarillento como los dientes de su dueño.

— ¡No se puede! — gritó el señor de Morais, cerrándola violentamente —. ¡Nunca más! ¡No se puede!

Y luego, entornando los ojos, explicó no sin un dejo de orgullo:

— El arte, mi amigo, es asunto de los jóvenes. Después de los cincuenta años es necesario dedicarse a Dios. Por eso he dejado todo esto, incluso he cambiado mi biblioteca pagana por libros píos. Nada de mundo... — Y diciendo esto se sacó a tirones un escapulario de grandes dimensiones que tenía junto al pecho. Los ojos de De Morais, cuando afirmaban algo, se abrían desmesuradamente y revelaban lo contrario de lo que estaba argumentando. Así, mientras explicaba al joven su renuncia, veía éste lujuria, soberbia, pecados horribles en el brillo de esos ojos que querían mostrar beatitud y abandono de sí mismo.

— Mi hermana es ciega — puntualizó sin rodeos. Le gustaba escandalizar con la realidad desnuda, como para advertir a los demás que el mundo era verdaderamente un valle de lágrimas.

Cuando subieron, antes de indicar a Augusto el dormitorio que

---

ocuparía, lo presentó a Adelaida. Pequeñita y encorvada, con el moño deshecho en hebras blancas que parecían flotar, la mujer estiró las manos para recorrer al muchacho de arriba abajo.

— ¿El pintor? ¡El joven pintor! — sólo atinaba a decir, reconociendo las facciones de Augusto, sin dejar de sonreír con una dulzura indecible.

— María — interrumpió el señor de Morais, dirigiéndose a una sirvienta que embelesada observaba la escena —, lleve al joven a su cuarto.

Mientras Augusto seguía a la criada, de toca y delantal almidonados, vio cómo el señor de Morais, sentado junto a su anciana hermana, comenzaba a leerle con una paciencia de santo.

— Yo también escucho esa historia — le explicó la sirvienta en tanto empujaba la puerta de la alcoba —. No entiendo mucho, pero igual sigo atenta. El libro se llama *Los Maias* — agregó con orgullo.

El dormitorio tenía tal cantidad de muebles que casi no había espacio para moverse. Como el salón, estaba también oscurecido por persianas y espesos cortinajes. Ocupando la cubierta del velador, se veía el busto de una mater dolorosa envuelta en un mantón de terciopelo violeta, con lágrimas esculpidas en las mejillas y las manos apoyadas sobre un estilete que, clavado en medio del pecho, se movía cuando se caminaba en el cimbreado piso de la alcoba.

— Don Arnaldo es hermano tercero de la Orden — comentó la criada, antes de cerrar la puerta.

Augusto no escuchó lo que decía, tan absorto estaba en contemplar una colección de cadáveres fotografiados y mascarillas de muertos que pendían de los muros. Las fotografías eran en su mayoría de niños y ancianos, de espaldas sobre el lecho, rodeados de coronas y guirnaldas de flores que no lograban quitar el patetismo a esos difuntos dormidos.

Al día siguiente, cuando el reloj Grand Father que estaba frente al coco tallado dio las dos de la tarde, el señor de Morais se presentó donde el joven para llevarlo al palacio Vergara.

— Antes debo obsequiarte algo — expresó, abriendo un bargueño que había en el vestíbulo.

— Es para ti. A mi hermana ya no le sirve — añadió luego, alargándole una fina caja de óleos importados, un caballete portátil de paseo, una sombrilla y un piso.

---

— Si los colores están reseco como imagino... Llevan aquí dentro más de treinta años... me lo dices... y gustoso los repondré por otros nuevos.

— ¿Qué sucede? — exclamó la anciana, acercando la butaca hasta el borde de la escalera. Poseía un oído muy aguzado.

— Le hago entrega al chico de tu caja de pinturas — respondió a voz en cuello, como desafiando su dolor, en la creencia de que a esta vida mísera le estaba reservada otra, digna del alma.

— Ah... la caja... — repitió Adelaida, empujando hacia atrás el sillón que a contraluz se volvió un solo bulto con la anciana.

El reloj de la torre de la parroquia marcaba casi las tres cuando el guardaagujas levantó la valla para que pudieran cruzar los peatones y vehículos. Los victorias se llenaron de pasajeros, para dispersarse luego de dar un rodeo en torno de la plaza. Aún resonaba en los oídos de los que por allí deambulaban el estruendoso pitazo del tren que había recién dejado la plataforma, acompañado por los sones de la acompasada campana de bronce que hacía resbalar al sol en tan inestable base.

Al enfilarse al palmario de la que fuera la casa de Blanca Vergara, el señor de Morais se quitó respetuosamente el sombrero y esbozó un gesto despreciativo, al pensar que el palacio que otrora albergara al príncipe de los Abruzos y a otras personalidades, estaba hoy destinado a museo y academia de bellas artes, y en pésimo estado.

Ante sus ojos desencantados vio carruajes turnándose frente a la puerta, de los que descendían mujeres engalanadas y hombres de etiqueta. Uno de ellos había sido él. En un baúl aún mantenía, incapaz de arrojarlo, un viejo frac todo ribeteado de seda.

— ¡La municipalidad! — murmuró, revisando el estado de las camelias y de un busto de mármol que representaba al emperador Adriano. Tentado estuvo de llegar hasta el antiguo reloj de sol, o al lugar donde las musas, sobre balaustres y bajo la sombra de gigantescos árboles exóticos, ofrendaban coronas esculpidas.

«Vanidad de vanidades», pensó para sus adentros mientras se sucedían en forma vertiginosa las imágenes de un remoto viaje a Europa que efectuara en compañía de la propietaria del imponente palacete. Aunque mucho mayor que el señor de Morais, no impidió esto que una amistad muy profunda los uniera.

Entrar allí como simple visitante lo irritaba, sobre todo que sólo

---

él sabía que antaño era recibido por los dueños de casa como uno de los suyos. Perturbado, prefirió dedicarse al joven, para quien todo aquello tenía otro sentido. Era preferible no quitarle la ilusión de que ingresaba a la primera academia de pintura de la ciudad, revelándole que una vez que el palacio fue imposible de mantener, cuando todos sus moradores ya lo habían ocupado como escenario de sus vidas, no encontraron nada mejor que deshacerse de él y venderlo al fisco, aduciendo que destinarlo para academia y museo era contribuir al bien público.

Un ordenanza lo sacó violentamente de sus cavilaciones al mostrarle un talonario e insinuarle que debía pagar la entrada.

—El es alumno —puntualizó a modo de venganza el señor de Morais, mientras cruzaban el formidable umbral del palacio.

—¿A quién buscan? —preguntó entonces el mayordomo, que había escuchado sus palabras.

—A la profesora Lucrecia Cortés —repuso éste con terquedad, levantando la cabeza y examinando el estado de los cielos como si se hubiera tratado de los de su casa.

En ese instante, desde la oficina, apareció una mujer de altura imponente cuyo enjuto cuerpo ceñía un traje sastre de color verde. La cabeza altiva soportaba un moño tan tirante que más que cumplir con la moda, daba la impresión de un verdadero suplicio. Los ojos grandes, cargados los párpados de pintura, que levantaba con dificultad, permanecían sin pestañear largo rato. La boca pequeña, pintada de rojo, era vencida continuamente por una carcajada sonora que daba paso a una voz tan ronca que, si la señorita hubiera hablado en una pieza oscura, se la habría confundido con la de un barítono. A menudo se llevaba a los labios una elegante boquilla, y no tenía el menor escrúpulo en envolver a su interlocutor en una densa bocanada.

El señor de Morais hacía esfuerzos por no perder la apostura ante una mujer tan exuberante y enorme. El pequeño Augusto le quedaba a la altura de la cintura.

—¿Cómo es su gracia? —indagó ella, dejando que la corrida de dientes encendiera su tez morena.

—Arnaldo de Morais... Usted ya sabrá por mi primo....

—Ah... sí... —repuso la profesora, y arrebatándole la caja de pintura, indicó al joven que la siguiera. El señor de Morais se disponía a subir las escaleras tras ellos cuando la señorita giró la cabeza y mirándolo desde arriba, le advirtió:

---

—Usted no puede entrar, señor de Morais. En la sala está posando la modelo. —Y sin esperar respuesta, continuó subiendo, seguida del muchacho.

—¡Desnuda... qué asco! —profirió De Morais—. ¡A lo que hemos llegado! ¡Caramba! ¡Para eso existen las mallas!

Ya se disponía a partir cuando la señorita Lucrecia volvió a asomarse desde el rellano de la escalera para agregar:

—Señor de Morais, es preciso que usted aguarde un momento. Debo tomarle un pequeño examen al chico.

Mientras esto acontecía, el señor de Morais, impresionado todavía por «la cruda realidad a que sometían a un niño que aún no cumplía quince años», se desplazó por el que fuera el salón del palacio, convertido ahora en sala de croquis. Al mirarse en los grandes espejos, vestido de negro, demacrado, con todos sus rasgos disminuidos alrededor de una nariz encendida, sintió deseos de llorar. Tal vez ahí donde posaba aquella modelo estuvo el dormitorio de su bienamada, a quien ni siquiera la punta de los dedos había en su juventud osado besar. Pero, al mismo tiempo, la desnudez de la mujer que posaba le hizo recordar a otras mujeres que antaño, también desnudas, soportaron las caricias que la propietaria del palacio le negó. Aquéllas que para eterna memoria anotó en su «cuaderno de culpas» con nombre y apellidos, y, junto a éstos, la cantidad exacta de sus tarifas. También las enfermedades con que lo obligaron a dejarlas. Con los años se satisfacía enviando a las mucamas a trepar en altos pisos para sacudir infinidad de veces las mismas cortinas. Él, recostado, no apartaba la vista, mientras ellas inútilmente intentaban distraerlo con el plumero.

—¡Ahora hay mujerzuelas en tu pieza! —exclamó dolido, pasando del salón a la que fuera la pinacoteca.

Arriba el examen había comenzado. Augusto evitó mirar a la modelo, que desde una tarima, con un arco en una mano y un carcaj en la otra, pretendía hacer creer a los alumnos que era una Diana Cazadora.

La señorita Lucrecia puso ante el joven, en el alféizar de la ventana, una cabeza en yeso de Cicerón.

En pocos minutos, el dibujo sorprendió no sólo a la profesora, sino al resto de los alumnos.

La construcción era perfecta, y el achurado del claroscuro tan transparente que tenía la calidad de la obra de un maestro. Asombrada, la señorita Lucrecia descendió la escalera y fue al encuentro del señor de Morais.

---

— El chico se queda. Tiene un talento extraordinario — le dijo emocionada, mientras De Morais, por toda respuesta, levantaba los hombros en forma despectiva.

Al cruzar nuevamente el palmario rumbo a su casa, tuvo la intención de cortar una camelia para su hermana ciega. Pero esta vez se privó de su eterno juego, y apresurando el paso, quiso llegar lo antes posible junto a ella, la única persona que tenía en el mundo para huir de esta realidad y adentrarse en la de *Los Maias*, de *El primo Basilio*, *El mandarín*, *La ciudad y las sierras*, *La reliquia* y tantos otros temas del otro-rara popular y ahora olvidado narrador lusitano.

Esa noche, mientras Augusto y el señor de Morais cenaban, obligado éste a abrir el comedor, pudo observar el joven cómo el dueño de casa permitía a la cocinera, quien lo había visto nacer, que le diera la comida en la boca.

— ¿Trajiste los croquis? — preguntó, esperanzado en que el niño desplegara ante sus ojos las desnudeces de que lo había privado la profesora.

— Sí — respondió Augusto, incorporándose para ir a buscarlos.

— Ahora pintan las mujeres como Dios las echó al mundo — le explicó el señor de Morais a la anciana que le rogaba que abriera la boca.

Cuando Augusto le mostró los dibujos que representaban la cabeza de Cicerón desde diversos ángulos, todos ellos realizados con una perfección asombrosa, el señor de Morais lo miró como si lo hubiera visto por primera vez.

— Ingres — exclamó, advirtiendo cómo a Augusto le brillaban los ojos. ¡Ah, los maestros antiguos!

Y haciéndole señas de que lo siguiera lo condujo al escritorio. Luego de hurgar en un armario con puertas de rejilla, depositó sobre la mesa un voluminoso álbum que tenía incrustado el nombre de Ingres sobre la tela de la cubierta.

— Es tuyo. Te lo llevas a tu dormitorio — agregó luego, sonriendo al ver la devoción con que el muchacho subía a encerrarse con su tesoro.

Mientras el Grand Father de los De Morais y el reloj de la torre de la parroquia daban al unísono las tres de la tarde, Augusto cruzaba la línea del ferrocarril, apresurando el paso, con el corazón cada vez más lleno de anhelos, hacia el palacio.

---

Por lo general, la señorita Lucrecia llegaba tarde, lo que permitía a sus alumnos cambiar ideas y trabar conocimiento entre sí. Aunque éstos no eran numerosos, Augusto sentía la dicha de reconocer en aquellos jóvenes a personas asistidas por la misma pasión.

En tanto aguardaban, surgían, en medio de un cierto desorden, amenas charlas en que los jóvenes y las muchachas referían las dificultades que para seguir su vocación artística encontraban en sus casas. Otros llevaban el diálogo con el ánimo de escandalizar con opiniones extravagantes que habían escuchado a viejos maestros completamente enajenados o a alumnos mayores.

Una niña colorina de origen alemán comentaba el sacrificio que le significaba tomar todos los días el tren desde Quilpué para acudir a clases, mientras, como quien bate un postre, iba empastando con el pincel. Su compañera de caballete, silenciosa, sólo se limitaba a suspirar, en tanto, con insistencia enfermiza, repasaba las luces a una tetera de bronce cuyo brillo la hacía parecer real. Augusto era la atracción del curso. Concentrado, apretando y soltando tubos con vehemencia, sin participar del diálogo, manchaba, para luego retroceder y entrecerrando los ojos, revisar los efectos logrados.

La modelo no cesaba de compensar la inmovilidad a que la habían sometido, girando sus ojos inquietos por toda la sala. Augusto, mientras tanto, que valiéndose de un paño apoyado en un tiento efectuaba un delicado *esfumato* para lograr el volumen, no dejaba de preocuparse por un chico de desordenados cabellos rubios y gruesos lentes que, depositando la tela en el suelo, chorreaba sobre ella pintura con un jarro para luego expandirla por la superficie con un rodillo. Otros jóvenes seguían su ejemplo, utilizando espátulas e incluso encolando papeles y géneros al cuadro.

Cuando el primer peldaño de la escalera crujía, el silencio retornaba a la sala, escuchándose entonces sólo los flecos del cortinaje que pendía de la lucerna al golpear contra la tarima.

La gigantesca mujer, a quien resultábale difícil ascender la escalera por lo ceñido de la falda, demoraba hasta aparecer en la puerta. En cuanto esto ocurría, esbozaba una amplia sonrisa que los sobrecogía. Inmediatamente se colocaba tras del que estaba más cerca de la puerta, y provista de un carboncillo que en ese momento reemplazaba a su boquilla, tarjaba con violencia la orientación equivocada que muchas veces seguían las líneas, si se trataba de un dibujo. En los trabajos al óleo se limitaba a indicar el error con el dedo, haciendo alarde de un tempera-

---

mento que obligaba a pensar que ella poseía gran destreza. Con respecto a Augusto era más cauta. En vez de corregirle de ese modo, sabiendo que estaba ante un joven talentoso, prefería sentarse cerca de su sitio, para poder seguir la forma en que éste solucionaba los ejercicios.

Con voz estridente, haciendo chistes que sólo ella celebraba, en medio de carcajadas que solían cesar de golpe para convertirse en reprimenda hacia algún aprendiz, hablaba una y otra vez de sus viajes, de sus maestros, las hambrunas, los compañeros de infortunio y, en medio de tanta cháchara, también de sus aciertos y los elogios que, no obstante las dificultades, logró obtener a veces de reconocidas personalidades.

Aunque la dulce niña que no dejaba en paz la tetera y la alemancita de Quilpué estaban completamente cautivadas por aquella heroína, ejemplo de tenacidad en medio de las adversidades del destino, ella, no satisfecha con la admiración incondicional de esas pupilas, intentaba lograr la de Augusto, quien haciendo oídos sordos a sus cuentos, buscaba afanosamente la perfección formal de los pintores neoclásicos que tanto lo seducían.

Ante la indiferencia del joven, la señorita Lucrecia nombraba artistas de reputación, como si les tomara asistencia, haciendo hincapié en que se había alimentado de pan duro durante una semana para poder copiar en El Prado las majas de Goya.

Los jóvenes que desparramaban pintura dejaban de inmediato el rodillo y la esponja para mirar a aquella señora que ya había hecho uso de la oportunidad única de observar en vivo a los genios y no a través de reproducciones engañosas.

— ¡Veamos, chico! — exclamaba impaciente, dirigiéndose al cabelle de Augusto, tratando de atraer su atención. Para ello ejercía su autoridad de maestra, ya que su historia de artista no lograba conmovirlo.

Admirada, temerosa de corregir algo que tal vez después quedara peor, se limitaba a exponer consideraciones estéticas, finalizando el discurso con un despectivo «¡anacrónico!», que hacía a los jóvenes de vanguardia mirarse en forma cómplice, para luego continuar en cuatro patas pegando y estucando sobre el lino. Ella, advirtiendo ese detalle y no deseando parecer simpatizante de los movimientos renovadores que escandalizaban en esa época al mundo, murmuraba por lo bajo «¡arte deshumanizado!», frase que hacía a las jovencitas relamer con más fruición aún la tetera y el acartonado cuerpo de la modelo.



---

Una bocanada de humo envolvía a la profesora, como si quisiera desaparecer ante tanta contradicción y estuviera echando mano no de un cigarrillo, sino de una lámpara maravillosa.

6.

De regreso de las clases, durante las que en el intento de lograr la luz, se había ido ya la verdadera, Augusto, por pudor, antes de ingresar en la casa envolvía los croquis de desnudos para ocultarlos tras la caseta del medidor de gas.

Desde el vestíbulo se escuchaba la ininterrumpida voz del señor de Morais, transportando a su hermana, con la lectura, a paisajes y ciudades imaginarias.

En una ocasión, mientras cenaban, Augusto, quien abstraído en sus cavilaciones perdía la mirada en un jarro, utilizándolo como referencia de los problemas de claroscuro que tanto lo apasionaban, escuchó al señor de Morais, quien, aprovechando que la cocinera, cansada de insistir con la cuchara, se había marchado, le decía:

—¿Por qué no invitas a la señorita Lucrecia a tomar el té? Pienso que le debes una atención. Haremos unos pastelillos con receta portuguesa, y ella estará encantada.

Augusto lo miró desconcertado.

—Creo haber visto hace años una exposición de tu maestra. No te diré que me entusiasmó sobremanera, pero si mal no recuerdo había entre los óleos uno que representaba a una aldeana comiendo sandía, el que tenía mucha gracia.

Como cada noche el asunto del convite volvía a ser tema de conversación, y la vieja cocinera ya había desempacado el libro con las recetas de dulces y postres, traducido del portugués en múltiples hojas sueltas por el dueño de casa, Augusto, haciendo un esfuerzo sobrehumano, cuando los demás alumnos hubieron dejado la sala, se aproximó a la maestra, rogándole que acudiera a tomar el té al día siguiente.

—Encantada —respondió ella, que le complacía la agasajaran, ya que en aquellas ocasiones le resultaba más fácil sembrar la admiración por su persona. Tenía información además de que los hermanos De Morais eran gente de fortuna, apreciación ésta que, aunque equivocada, le hacía pensar en mecenas, ventas y relaciones convenientes.

---

En tanto el Grand Father daba las cinco y el coco tallado miraba fijo en dirección a la puerta, sonó el timbre.

Esta vez la señorita Lucrecia había cambiado su traje ajustado por uno más amplio, de color rojo, que hacía resaltar su tez morena, la que volvía a atenuarse a la altura del cuello a causa de una fragante estola de piel con que se cubría. La voz sonora repletó de ecos la silenciosa casa, que para esa ocasión lucía abiertas las puertas del salón y de las otras habitaciones. Adelaida, en el segundo piso, oculta cerca de la escalera, aguzaba el oído para imaginarse las escenas.

—Permítame —exclamó el señor de Morais, empinándose para quitarle la estola de piel, que no encontró nada mejor que colgar de la baranda, envolviendo el horrible coco tallado.

La conversación alcanzó su más alto nivel cuando la señorita Lucrecia reparó en las innumerables fotografías de celebridades que se exhibían sobre la cubierta del piano.

—¡Rubinstein! ¡Qué maravilla!

Pero De Morais, con ese sentimiento despectivo que le asistía cada vez que creía estar ante una persona de condición inferior, se limitó a esbozar una sonrisa, evitando todo comentario. Augusto, desconcertado, advirtió ese detalle, sorprendiéndole que a él, en cambio, le hubiera hecho tanto alarde de ser amigo del famoso intérprete.

Durante la velada, De Morais habló lo justo y necesario, replegándose inmediatamente después de lanzadas sus mezquinas frases para suscitar en la invitada juicios temerarios e interminables cuentos, conocidos ya del alumno, pero esta vez matizados de una cierta picardía, con la que ella esperaba provocar hilaridad en el dueño de casa.

La mujer no se daba por rendida, mareándose a sí misma, envuelta en sus propias risas y el humo de sus cigarros.

Las respuestas evasivas de De Morais lo convertían en un espectador frío de la esforzada artista, quien de vez en cuando, como náufrago que coge un madero, tomaba el mentón de Augusto llenándolo de halagos.

Casi al término de la visita, cuando ya no había forma de reparar lo expresado, ni tampoco la cantidad considerable de pastelillos que ella, en medio de sus anécdotas de remotas privaciones y hambrunas, había engullido uno tras otro, como para expiar algo que no sabía bien en qué consistía, exclamó:

—Me gustaría hacerle un retrato al chico.

---

De Morais entrecerró los ojos, complacido por la trampa que la propia mujer se había tendido.

— ¡Oh, sería muy interesante! — replicó, mirando a Augusto como para traspasarle lo incómodo del compromiso.

— ¡Ésta querrá sacarnos plata! — musitó arriba la ciega, frunciendo los labios, deseosa de acudir en resguardo de su hermano, que ella pensaba en apuros. Pero para su sorpresa escuchó a éste que reiteraba:

— ¡Sería muy interesante! ¿Cuándo, cuándo comienzan?

— Eso lo decide Augusto — respondió ella, calculando que al día siguiente, después de clases, lo obligaría a sentarse ante el caballete.

Cuando dejó la casa, el señor de Morais, en tanto juntaba las innumerables hojas de las puertas del salón, se felicitaba de estar en la buena senda, al comprobar casi con repugnancia la vanidad insoportable de estos seres ingenuos, los artistas, que persiguen el paraíso en la tierra.

La maestra, en cambio, aliviada de no seguir representando su personaje por esa tarde, disminuyó el paso y estuvo tentada de acudir a orillas del mar. Su origen humilde la había hecho siempre sobreactuar ante las personas acomodadas, que desgraciadamente sabía eran quienes volcaban sobre la cabeza de los pobres el cuerno de la fortuna.

Después de la clase, Augusto, sentado en una especie de trono de respaldo alto y todo incrustado de clavos de bronce, posaba, dejando caer, según indicación de la maestra, las manos, con el desgano de un modelo regio.

Aunque De Morais y su hermana hacían todo tipo de conjeturas para calcular cuánto «se permitiría cobrar la entrometida profesora por el retrato», felicitándose de antemano por estar sobre aviso y de la rotunda negativa con que rechazarían el cuadro, la señorita Cortés, más sutil de lo que la creían, se esmeraba no por recibir dinero — que desde el primer momento vio difícil obtener de ese señor que evitaba en la mesa untar con mantequilla el pan, pretextando razones de salud —, sino más bien por lograr la admiración de su pupilo, que sabía la miraba con reticencia.

Sesión tras sesión cargó de pasta a esa especie de muñeco de grandes ojos atentos y manos mal solucionadas. Lo terminó cuando el curso y el verano llegaban a su fin. Entonces permitió a Augusto verlo y

---

reconocerse. Aunque poseía cierto oficio, fruto de su voluntad y temperamento apasionado, el retrato era deficiente, carecía de fuerza, explicando estos errores el parloteo y las actitudes que a diario utilizaba la autora para aplazar su caída.

—Es tuyo... es un obsequio —le indicó, mientras, para disimular el prolongado silencio de su alumno, con un pincel untado en negro trazaba, muy visibles en una esquina de la tela, sus iniciales.

«Un buen profesor no tiene por qué ser un buen pintor», le había dicho el señor de Morais en cierta ocasión.

Atando el retrato junto a los trabajos que había efectuado durante esos meses, Augusto bajó las escaleras. A la salida del palacio la banda municipal ensayaba unos aires marciales, lanzando notas y destellos por el abandonado parque. Insignificantes resultaron los suspiros del joven ante los burdos sonos del gigantesco corno, que el sol había escogido para realzar con sus rayos en aquel último día de clases.

El día que Augusto dejó Viña del Mar, mientras el señor de Morais le ayudaba con los bultos y los cuadros que había pintado durante la temporada, entre los que iba el retrato, para sorpresa de ambos apareció en el andén, con la intención de despedirlo, vestida del mismo modo que el día del convite, la señorita Lucrecia. Entusiasta y dicharachera, en un momento de descuido del señor de Morais, se inclinó ante el joven, y tomándole la cara con su enguantada mano, le expresó:

—Tienes un gran talento. Si te esmeras puedes llegar a ser un pintor muy importante.

Fue esta la primera vez que la maestra obtuvo de Augusto la aprobación tanto tiempo anhelada, como si todas las reservas anteriores hubieran dejado paso a una admiración no sustentada en los valores artísticos, sino en otros más profundos y valederos.

A escasa distancia, el retrato, atado por una lienza a las otras telas, obligaba a referirse a él, pero ninguno de los tres se decidió.

Y mientras Augusto observaba a esa pareja desde la ventanilla del vagón, y de qué manera guardaban las apariencias, De Morais circunspecto, más preocupado de parecer correcto de lo que lo era en realidad, y ella, locuaz y hasta coqueta en su afán de disimulo perpetuo, pensó que el corazón de un artista era inconfundible y que con aquella cualidad se nacía, siendo hasta secundaria la realización deficiente o acertada de sus obras. Volvió a reconocerse en la mirada profunda-

---

mente tierna que le dirigió esa mujer, interrumpida constantemente por las hipócritas atenciones que le dispensaba el señor de Morais.

Y el pecho del joven se ensanchó en un afán desmesurado por tenderle los brazos y llorar en los suyos; pero ella, conocedora de lo que le acontecía, continuó sonriendo y gesticulando, haciéndole ver con aquellos aspavientos que debía aprender a dominar esos impulsos sentimentales, labor por lo demás de toda su vida futura.

Al observar al señor de Morais, que contrastaba con la conmovedora mujer que acababa de descubrir, lanzó sobre su fealdad todos los juicios adversos de que era capaz. Pero recapacitando, al verlos abandonar juntos el andén, pensó que al menos a ella le quedaba el consuelo de sus ensoñaciones, en cambio él no tenía otro destino que convertirse para siempre en los ojos a través de los que veía su hermana.

Y al arrancar el tren, sintió desprecio por su propia persona, le pareció halagada sobremanera, y conoció por primera vez la soledad que aguarda en este mundo a los más afortunados.

Santiago, 1978-1979



**Adolfo Couve**

## Narrativa Completa

Adolfo Couve va en camino hacia la leyenda. A su alrededor se tejen y desatan fantasías de muchos tipos. Su bella figura, solitaria, contradictoria, frágil, mil veces fotografiada en su antigua casa sobre el mar; su trágico final; la exposición retrospectiva de su pintura en el Museo de Bellas Artes, contribuyen a mantenerlo presente en un imaginario colectivo. Temo que la brocha gorda de ese imaginario —cada vez más gorda, cada vez más basta y más mediática— termine por arrasar del todo con los muchos matices de su obra, para dejar apenas un ícono del «consumo cultural», como pasa en estos días con Frida Kahlo o con Virginia Woolf.

Contra la ola irresistible del espectáculo, cabe tal vez el gesto de mostrar insistentemente el trabajo del artista: transformar al «público» de los medios masivos en «el lector» de las narraciones, en la mirada morosa que se detiene en los cuadros. Creo que eso se intentó con aquella retrospectiva, que se llamó *Adolfo Couve: una lección de pintura*. Y creo que eso es lo que se intenta en esta publicación, la de su narrativa completa, que recoge libros difíciles de encontrar y permite por primera vez una visión total de su trayectoria como narrador.

ADRIANA VALDÉS

